

## CAPRICHOS

NUEVOS CASOS DEL DOCTOR  
INVEROSIMIL

## LOS ÁRABES.

HAY unos tipos de color de ámbar pasado y con los ojos claros las más de las veces, que cuando llegan a pedirme auxilio me hacen sonreír.

Su mal es el de este frío de Madrid, unido a un mal desconocido y penetrante que les desmiga el hígado. Sus ojos están hambrientos de otra cosa y miran como al vacío cuando miran.

Todo les sabe mal, hasta las lámparas, a las que miran como sintiendo una náusea de verlas tan feas, tan pobres, tan calladas. Sobre las mesas y sus papeles echan una mirada de desprecio. Sentarse, se sientan sin encanto en las butacas altas, como si no descansasen, como si estuviesen incómodos.

Son gentes de Castilla, de por Burgos, algunas veces hasta de León. Cuando son mujeres, su tristeza es de Dolorosas, pero no como lo fué María, sino como lo fué Tomasa, la primera mujer de Mahoma.

Casi todas han escogido un hábito, buscando la nota de color—muchas veces blanco y amarillento—para dar más carácter a un tipo de arder en fiebres de purgatorio.

Primero, me desconcertaron estas enfermedades. Su mal no cedía, y muchas fueron enterradas con su propio hábito, en vez de pedir a la funeraria uno de sus hábitos, hechos de cualquier modo.

Pero un día, ese día de siempre, me salió al encuentro el pensamiento que es que eran árabes, y su mal había que tratarle fuera de aquí.

Gran corazón, gran inteligencia, gran imaginación tenía aquel árabe fosco, pensativo, pero de palabras y saludos delicados, que vivía en la calle de Serrano. Estaba dispuesto a arrojarse a la placidez del bello, de cualquier espléndido espectáculo que encontrase en su camino, y, sin embargo, hacía una vida concisa, etiquetera, de consultas graves, políticas, en voz baja.

En él ensayé por primera vez mi curación.

—Váyase usted a la Alhambra y viva en ese hotel que hay dentro de sus jardines... Ningún balneario mejor.

El hombre serio del arrebatado corazón que no podía arrebatarse, vino alegre, sin aquella pesada carga de su frente que no estaba en su frente, sino en la presión atmosférica cristiana.

Desde entonces, mi único balneario es la

Alhambra, y sólo les recomiendo a esos árabes enfermos que beban de aquel pozo que hay en lo alto de la Alhambra, esa agua tan fina que limpia los riñones del alma.

## EL PERRO.

UN día apareció en mi casa una señora que tenía un perro en brazos.

—¡Nadie me lo cural! ¡Nadie! Por eso he venido a verle a usted—me dijo aquella mujer llorosa y descompuesta.

El perro traía una gran cara de dolor, porque el dolor no es solo privativo del hombre, y el elefante y el *Macacus naurus* vierten lágrimas, verdaderas lágrimas, no lágrimas inventadas por la fantasía de los novelistas.

Estudié al perrito, porque lo más humano y lo más sabio es no ofenderse cuando no ha habido intención. ¡Además, entre un perrito y un niño...!

El perro me miraba como los enfermos miran siempre al doctor extraordinario que les ha de salvar, al que en último término recurren, cueste lo que cueste y pase lo que pase.

Muchas veces en los laboratorios les he hurgado en el cerebro y en el fondo de las entrañas sin que su corazón se parase. Todas las enfermedades de los hombres las he curado en los animales.

Este perro tenía el cáncer y estaba en sus últimos días. Repasando más que la enfermedad del perro su piel, me dí cuenta de que era un perro fácilmente sustituible. Perro blanco con una mancha negra como un parche de enfermo de los ojos sobre el ojo izquierdo...

—Señora, lo que tiene su perro no es apenas nada... Mienten los que dicen que se va a morir irremisiblemente dentro de pocos días... Su perro sólo tiene estropeada la memoria y tengo que raspársela... Se olvidará un poco de usted, no responderá por su nombre de antes, pero vivirá... Yo le pondré otro nombre y le salvaré... Déjemele.

—¡Gracias! ¡Gracias!—me gritó la señora, y me dejó el perro sobre una butaca, al mismo tiempo que cien pesetas sobre la mesa...

Señora de gran pulsera de cadena—con una especie de candado en el cierre como si fuese un collar de perro.—Señora de cola con encajes y de bolsa de canario, Señora con un velo de motas grandes que parecían un enjambre de moscones o abejas que se ensañaban con su rostro, desapareció lentamente saludándome mucho y diciéndome: ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!, desde cada escalera, verdadera escena de acción de gra-

cias que sólo se debió terminar cuando entró en su coche particular, uno de esos coches enrarecidos y llenos de silencio azul suavino.

El perro me miraba desde encima de la butaca con tristeza de hombre que tiene un ántrax en el cuello o unas anginas espantosas. Para no perder tiempo tomé un coche y me fuí a una «perrería» para buscar el perro igual. Allí estaba, la mancha era casi parecida y sólo el rabo un poco más largo. Lo compré con la condición de que le cortasen doce centímetros el rabo y se quedasen con el perro moribundo. A los pocos días devolvía su perro a la anciana señora, sonriendo de mi trampa, pues este ha sido el único humorismo de mi profesión. ¿La habrá mordido aquel perro golfo que respondía por *Ninchi*?

## LA MENOPAUSIA.

FUÍ llamado urgentemente a casa de los venerables señores de Ordeaz. La señorita Rosalía, la más tiesa y espigada de la casa, aque'la joven con trazas de capitán próximo a ascender, estaba en pleno delirio de alegría brillando ante los espejos... ¡Ella tan formal!

Me la encontré, en efecto, con una chambera suelta y en enaguas, riendo a todo trapo, sobre una mecedora. Una verdadera escena de patio andaluz en día de verano y a raíz de algún acontecimiento muy feliz.

—¿Loca?—me preguntaron los padres consternados.—Los médicos que la han visto han dicho que está loca de remate y que habrá que encerrarla...

—No—les contesté yo;—únanse a la fiesta que celebra hoy... Pobrecilla. ¡Hoy se despide de su vida pasada, hoy ha acabado su vida genésica... La naturaleza celebra su última fiesta, lo que en Medicina se llama la *menopausia*... Traigan dulces, pastas y unas botellas de jerez... Hay que emborracharla y que tenga el largo y restaurador sueño de los borrachos.

## YO NO USO RELOJ.

ME ha servido mucho para aguzar el sentido de mi profesión que yo he sido un niño que ha visto a muchos doctores a su alrededor, pudiendo así observar sus gestos, sus costumbres, sus palabras...

Yo recuerdo que una de las cosas que más miedo me daban era el reloj del médico, muy extraplano, niquelado, como hecho de mercurio solidificado... Cuando lo sacaba el doctor y lo veía brillar en su mano mientras me tomaba el pulso sentía escalofríos que me daba su metal y su esfera blanca, blan-